

JOAN FONT ROSSELLÓ

OTRA VEZ LA CONTRACULTURA

«François Missoffe, el ministro de Juventudes, visitaba Nanterre cuando un menudo estudiante pelirrojo le pidió fuego para encender el cigarrillo. Una vez encendido y exhalada una bocanada de humo, el estudiante, Daniel Cohn-Bendit, uno de los estudiantes de Nanterre más directos y que se expresaban mejor, le dijo: 'Monsieur le ministre, he leído su informe sobre la juventud. En trescientas páginas no hay ni una sola palabra sobre cuestiones sexuales entre los jóvenes'», así describe Mark Kurlansky (2005, 285-286) el pistoletazo de salida de aquella revolución parisina de mayo de 1968 que Raymond Aron calificara en su día de «psicodrama».

La cuestión sexual se convertía así en el trueno anunciador de una tormenta cuyo objetivo se reveló enseguida y que con los años no ha hecho sino confirmarse: socavar la autoridad de las instituciones, de los antiguos y de los adultos. A día de hoy, y desde el triste convencimiento de que la *maelstrom* desatada en el 68 ya no pueda tener vuelta de hoja, escuchamos resignados las reverberaciones que, atenuadas, todavía nos llegan de aquel psicodrama parisino que empezó como una farsa (la liberación sexual) y que terminó en tragedia, si por ello entendemos el inexorable declive de un mundo burgués que en los sesenta recibió una de sus últimas estocadas. De hecho, la agitación en torno al matrimonio homosexual a la que hemos asistido recientemente en España ha puesto de manifiesto que la *revolución cultural* que se inició en los sesenta por parte

Joan Font Rosselló (jfont.diputats@parlamentib.es) es profesor titular del Departamento de Físicas de la UIB y diputado autonómico en el Parlamento de Baleares por el PP. Recientemente ha publicado *Artisanos de la culpa. Los intelectuales y las buenas intenciones*.

de algunos estudiantes rebeldes no ha terminado todavía ni lleva camino de terminar hasta que no haya demolido hasta la última piedra del «orden burgués». La reciente aprobación de una ley que permite el matrimonio entre homosexuales y la adopción de hijos por parte de éstos no debe entenderse como un hecho aislado ni tan siquiera como otra medida populista que a la postre sólo «afectará a unos miles de gays», como pretenden convencernos nuestros progresistas. El apoyo social a los matrimonios homosexuales no debe tomarse como una anécdota sin trascendencia por cuanto ha puesto de relieve un deterioro del sentido común que algunos ya habíamos vislumbrado, sin que, por otra parte, nuestros dolorosos vaticinios apenas hayan impedido sumirnos en el desconsuelo de la más absoluta perplejidad. Esta pérdida de sentido, así como la predisposición social y generacional a dejarse llevar por la oleada del sentimentalismo, la simplificación y la demagogia más grotescos impulsados por los corifeos mediáticos afines al Gobierno de Rodríguez Zapatero, ha conformado un perfil de ciudadano educado en la estigmatización de todo aquel que no comulga con los «signos de los tiempos». Estigmatizar a un partido, como ha ocurrido con el Partido Popular de Mariano Rajoy, por una cuestión puramente semántica (si se debe o no llamar «matrimonio» a la unión civil de homosexuales), y olvidar el apoyo unánime de todos los partidos a las personas gay en cuanto a la equiparación de derechos (salvo el de la adopción, que pertenece al adoptado en última instancia y no a los adoptantes) con el matrimonio tradicional, es la revelación más palpable de la enorme superficialidad de todos aquellos que creen quedar al margen de esta «modernidad» vinculada a todo lo nuevo. Magnificar las nimias diferencias entre partidos y obviar los puntos en común forma parte de una estrategia cuya única finalidad es el aislamiento y la marginalidad del partido de Rajoy para presentarlo como la quintaesencia de la derecha «cavernícola», «carca» y «reaccionaria». Es decir, el etiquetaje anatemizante que tanto asusta a un sector de españoles que no se atreven públicamente a defender sus planteamientos y a enfrentarse a las ideas supuestamente hegemónicas salidas de los *centros de concienciación* izquierdistas, por miedo a ser insultados por aquellos que no pierden ocasión para ir de «avanzados» abrazando causas tan pintorescas como las bodas

gays. La gravedad del caso no redundo tanto en el hecho en sí, sino en el panorama sociológico que ha aflorado en torno al *agit-prop* organizado acerca de las bodas gays.

REBELDÍA Y PROVOCACIÓN

El historiador César Vidal, en el seminario sobre multiculturalismo del Campus FAES 2005, comentaba una entrevista a Santiago Carrillo que casualmente había visto por televisión. Preguntado Carrillo por las bases referenciales de la izquierda una vez desplomado el Muro de Berlín –que dio al traste con cualquier posibilidad de volver a poner en práctica las políticas del socialismo real–, el ex dirigente comunista apuntaba a los tres puntales de referencia de la nueva izquierda: el socialismo, el cristianismo progresista y el Islam. En cambio, Carrillo se olvidó de apuntar otro rasgo distintivo del que la izquierda no ha parado de nutrirse desde los sesenta: la rebeldía contracultural. En efecto, desde los sesenta se habría desencadenado una irreversible revolución de valores que a día de hoy ya habrían sido interiorizados plenamente por gran parte de la sociedad española. El problema es de fondo y en modo alguno afecta únicamente a España. Explorar este mar de fondo del que los sociólogos han detectado tan sólo sus corrientes superficiales es crucial para entender el tipo de mensajes políticos que puedan conectar mejor con las nuevas generaciones. Este proceso de sustitución que arrancaría en los sesenta ha sido analizado por los profesores canadienses Joseph Heath y Andrew Potter (2005), quienes han puesto de relieve el olvido de la izquierda occidental de los tradicionales valores socialistas o socialdemócratas (solidaridad, igualdad, legalidad o libertad) para lanzarse en brazos del mundo contracultural que desde entonces no ha dejado de imponer modas de todo signo y pelaje, satisfaciendo así el eterno afán de distinción respecto a «las masas ignorantes y estúpidas» de nuestros conspicuos contraculturalistas, concienciados en lo alternativo, lo sofisticado, lo transgresor, lo extravagante y lo ecológico (en inglés, sublimado en el difuso adjetivo *cool*). Esta desorientación de una izquierda instalada en las *revolucio-*

nes culturales, en el ecologismo, en el *New Age* y en los movimientos antiglobalización (y por tanto, con el obligado abandono de las zonas del centro político cuyas actitudes características son la prudencia y la moderación) no se habría visto reflejada, sin embargo, en un refrendo negativo en las urnas. Todo lo contrario, no en balde los valores dominantes que actualmente imperan entre la juventud y en las ciudades provienen en gran parte de los valores de la contracultura, finalmente triunfadores entre las nuevas generacionales occidentales cautivadas por el hedonismo, el consumismo, la anomia, el relativismo, atentas a los cantos de sirena de la última novedad e influenciadas como nunca por los medios de comunicación de masas. De hecho, la homosexualidad siempre ha sido, tal como han señalado Heath y Potter, una (y no la menor en importancia, ciertamente) de estas conspicuas modas que desde los setenta ha distinguido el mundo de la contracultura frente al arquetipo de ciudadano-burgués «normal, conformista y reprimido». La tesis a la que llegan Heath y Potter es simple: en la actualidad la contracultura ya ha sustituido por completo al socialismo como base referencial del pensamiento político de la izquierda. En la década de los sesenta la transformación de valores que anunciara Nietzsche era ya una realidad en los Estados Unidos. La jerarquía de valores se estaba invirtiendo: lo contracultural (comúnmente denominado *cool*) se imponía a lo burgués. El filósofo de la cultura Jeff Rice justifica la fiebre de lo *cool* básicamente por su valor comparativo. Lo *cool* es lo vanguardista, lo alternativo, lo ligeramente bohemio, «lo más», lo «*estiloso*», lo *guay* que diríamos en España. Se trata de ser «lo que no son los demás», la persona que se aparta de los demás deliberadamente, en un acto sobreactuado de rebeldía y de inconformismo. Un inconformismo que, lejos de ser un freno, ha sido un acicate para el capitalismo, contrariamente a los augurios apocalípticos que anunciaban las teorías neomarxistas de Herbert Marcuse y la Escuela de Frankfurt. Ha sido lo *cool* lo que ha marcado y sigue marcando la línea divisoria entre el rebelde moderno y auténtico y el conformista normal y conservador. Ya en 1976, Daniel Bell reconocía cómo se estaban transformando los valores de la sociedad estadounidense a través del control de los *centros de concienciación*. «*Los protagonistas de la cultura rival* [la contracultura], por el efecto subversivo que han teni-

do históricamente sobre los valores burgueses tradicionales, determinan sustancialmente (por no decir que lo dominan) el mundo cultural de hoy: las editoriales, los museos y las galerías de arte; la prensa cultural, con las correspondientes revistas y suplementos semanales y mensuales; el teatro, el cine y las universidades». La hegemonía contracultural no ha hecho sino aumentar con el paso de los años hasta el punto de cobrar carta de normalidad. Es más, Bell apunta que la escasa resistencia ofrecida por el mundo burgués se debe a que éste carece «de una cultura propia intelectualmente respetable». Bajo estos presupuestos, no debería extrañar que la revolución cultural fuera un hecho consumado en los noventa en los Estados Unidos: la sociedad estaba, culturalmente hablando, totalmente transformada, al menos en las ciudades. «La filosofía bohemia –es decir, lo cool– venció al rango social en la jerarquía estadounidense», señalan Heath y Potter (2005, 227). Una nueva élite había sustituido a la oligarquía de los cincuenta, la conformada todavía por profesiones de carácter paternalista como jueces, banqueros, catedráticos o médicos. Una nueva oligarquía se abría paso: los *bobos*, apócope de *bourgeois bohemians*, prototipo de la «clase creativa» que buceaba en lo *cool*, cuyos valores conciliaban los valores *hippies* de los sesenta y los del capitalismo, unos valores que lejos de excluirse se complementaban. La nueva élite (social y cultural, pero también económica) estaría compuesta por personas individualistas, inconformistas, antiinstitucionales, meritócratas, tolerantes y «auténticos», que vivirían incluso en comunidades *cool* rodeadas de personas que comparten su propio universo *cool*. El capitalismo habría fusionado lo bohemio y lo burgués en un nuevo escenario «donde la cultura y la educación son mucho más importantes que el rango y los contactos sociales», según Heath y Potter (2005, 233). El individuo *cool* se considera a sí mismo un rebelde, un subversivo que se niega a seguir la corriente, que trastoca las pautas habituales de conducta, y un tanto bohemio. Y todo ello no sólo casa, sino que es la llama del capitalismo entendido como sistema basado en la creatividad y en la novedad. En efecto, en los Estados Unidos la nueva clase «creativa» –de diseñadores creativos– deviene indispensable cuando se trata de vender y colocar los productos haciendo hincapié no en el modo en que se han fabricado, sino en los valores (o la aureola) que desprenden, como la belleza, la juventud, la salud o la

s sofisticación, algo que los *bobos*, familiarizados en el vaporoso universo *cool*, conocen más que nadie.

No cabe subestimar por tanto el elemento provocador en las nuevas modas y productos *cool*, definidos a la contra de las convenciones y dirigidos a un público en mayor o menor grado amante de las poses rebeldes, del mismo modo que no es posible excluir el carácter provocador del *lobby* gay a la hora de proponer el término «matrimonio» para las uniones entre homosexuales. Actualmente se puede afirmar que una de las intenciones (y no la menor) que subyacían a la polémica de las bodas gays era la de deteriorar los cimientos de nuestra civilización, es decir, atentar contra el sentido común de la sociedad y socavarlo. La ofensiva gay ha buscado normalizar el escándalo y así resquebrajar el sentido común, en lo que ha constituido un ataque directo a las instituciones tradicionales del matrimonio y la familia, así como una agresión al orden simbólico-referencial en base al cual nuestra sociedad se había venido comportando hasta ahora. Sin duda, representa la primera de las transformaciones culturales que están por venir, como no duda en reconocer el entorno más próximo de Rodríguez Zapatero, dispuesto a acometer una transformación radical de la sociedad española y de sus instituciones. El primer paso hacia la subversión del orden familiar y sexual ha logrado un éxito que ya barruntaban aquellos que nos advertían que «la sociedad estaba preparada para aceptarlo», como se invoca en la exposición de motivos de la polémica ley aprobada en el Congreso de Diputados. Claro que una cosa es *exigir* cambios y otra cosa es *tolerar* los cambios que nos vienen impuestos a través de discutibles leyes parlamentarias. Ello ha motivado un sobrevenido interés por profundizar en la legitimidad y la racionalidad de las leyes que emanan de nuestros parlamentos. Una ley que no se ajusta al sistema de valores morales de la sociedad difícilmente será respetable, sencillamente porque no será respetada. Por otra parte, la nueva ley nos retrotrae a una controversia sobre filosofía del derecho que no es nueva y que figura en el mismo génesis de los caminos divergentes que tomaron liberales y socialistas justo después de la Revolución Francesa. Bruno Leoni y F.A. Hayek contraponían los términos de *derecho* y *ley* para delimitar el grado de intervención del Estado sobre la vida de los ciudadanos. El derecho (*ius*) era de tipo evolutivo y con-

suetudinario, tenía su origen en la tradición del derecho romano y la *common law* anglosajona y estaba formado por un conjunto de normas abstractas de carácter general. Quedaban fuera del derecho (*ius*) los mandatos u órdenes concretas que persiguieran un fin político que favoreciera a unos pocos, que es, en definitiva, en lo que han terminado derivando no pocas leyes de nuestros parlamentos. Por esto los liberales de la Escuela Austriaca siguen creyendo que el derecho (*ius*) no ha sido creado por nadie, sino hallado, es decir, encontrado, descubierto, legado por nuestros antepasados. Este concepto de derecho precisamente limitaba y protegía del Estado «la libre esfera del individuo y fijaba las condiciones bajo las cuales él podía ser obligado a algo». El otro concepto, el de *ley*, en cambio, sí que tiene nombre y apellidos: la *ley* no ha sido hallada sino creada *ad hoc*, bien sea por un parlamento democrático o por una dictadura autoritaria. El peligro de la *ley* radica en el uso que se hace de ella, es decir, que el poder, a través de la propia ley, se inmiscuya en este espacio de libertades individuales intocables y protegidas por el derecho (*ius*). De ahí que Hayek afirmara que «el derecho protege la libertad: las leyes la matan». La distinción entre *derecho* y *ley* es, pues, clave. Análogamente Isaiah Berlin, en *Dos conceptos de libertad* (2004), separaría estos dos ámbitos que denominaría como libertades *negativas* (este espacio privado de derechos fundamentales que el Estado debe proteger sin inmiscuirse) y libertades *positivas* (que se autoatribuye el Estado para regenerar la sociedad con el fin de hacerla, teóricamente, más igualitaria, más solidaria, más instruida). De ahí que Leoni advirtiera de la amenaza que representa la inflación y el intervencionismo legislativo de nuestros parlamentos para las libertades individuales que conforman el Derecho (*ius*) tal como lo entendían los antiguos romanos o los anglosajones. Centrándonos en el tema que nos ocupa, el matrimonio tradicional formaría parte de estas instituciones jurídicas que pertenecen al derecho (*ius*) al que se refería Hayek, una institución que nadie ha impuesto y que nos ha venido legada por nuestros antepasados. Justo al contrario del matrimonio homosexual, impuesto por ley parlamentaria, que ha sido «inventado» por la izquierda *ex nihilo*, que persigue un objetivo político (telocrático, es decir, contentar un determinado colectivo) y que ha triturado el significado del matrimonio. Ha sido una primera piedra de toque que

ha servido para percatarnos de hasta qué punto una sociedad puede aceptar cualquier plato, siempre que éste se condimente con una buena dosis de propaganda simplificadora y emocional al tiempo que se demoniza al adversario. De lo que parece inferirse la pérdida de una buena parte del sentido común, al menos en lo que respecta a esta cuestión.

Es preciso enfatizar, una vez más, el carácter provocador de denominar como «matrimonio» a la unión civil de gays y lesbianas, contrariamente a la opinión del Consejo de Estado, del Consejo General del Poder Judicial y de la jurisprudencia del Tribunal Constitucional, además de lo establecido en el artículo 32 de la Constitución y que no da lugar a equívocos de interpretación. La izquierda, haciendo acopio de rebeldía, ha logrado que el escándalo fuera tomado como algo normal, torpedeando el sentido común y devaluando así la institución de la familia y del matrimonio; algo que por otra parte ya habían venido haciendo los revolucionarios culturales y rebeldes antisistema desde hacía décadas, emboscados en actitudes rupturistas hacia todas las instituciones «burguesas», actitudes alimentadas por las corrientes filosóficas del marxismo cultural de Herbert Marcuse o la Escuela de Frankfurt, para quienes el fascismo era la culminación del racionalismo de la burguesía heredado de la Ilustración. Para estos filósofos, en el fondo las instituciones «burguesas» no eran sino el trasunto de un «fascismo» latente. De ahí que los neomarxistas (sin Marx, como ironiza Allan Bloom) dejaran de lado los viejos análisis del marxismo sobre el capitalismo y sus fallos de tipo económico para centrarse en reflexiones más etéreas: la dominación social, la alienación, el conformismo y la mecánica de poder. La *intelligentsia* izquierdista abandona el interés por el «pueblo» y por el «proletariado» como clase social libertadora para centrarse en una crítica radical y general (no sólo de tipo economicista) de la sociedad de masas y de los sistemas demoliberales. No es extraño por tanto que los revolucionarios culturales suspiraran por trascender las caducas convenciones y costumbres sociales, que eran consideradas como ataduras y represiones propias de la ideología dominante. «*El mejor modo de hacer es deshacer*», rezaba uno de estos geniales eslóganes nihilistas que embadurnaban paredes y muros a finales de los sesenta. Abogados de una libertad sin límites, *prohi-*

bido prohibir, nuestros progres de salón habían estado reivindicando hacer lo que les viniera en gana siempre que ello «no perjudicara a los demás». En vano intentaron socavar al matrimonio y a la familia, dos de las instituciones que mejor han resistido el clima de anomia y relativismo moral.

Por su parte, los colectivos gays, tradicionalmente partidarios del amor libre, y renuentes a establecer cualquier tipo de ligazón contractual con las que atarse «socialmente» al ser amado, habrían virado hacia posiciones más conservadoras al reivindicar para ellos una institución antaño tan maldita y trasnochada como el matrimonio. Todo indica que los homosexuales se han *aburguesado*, luchando con denuedo por asumir aquellas obligaciones matrimoniales que tanto habían criticado ya que, decían, asfixiaban el desarrollo personal de uno. En efecto, no hace mucho se consideraba «progresista» juntarse con tu pareja en vez de casarse, así como divorciarse, hasta el punto de que se bromeaba irónicamente con la chocante paradoja de que los únicos que se querían casar eran los curas y los homosexuales, aquellos justamente que por su condición no podían hacerlo. «¿Para qué casarse? Lo importante es el amor», habíamos escuchado hasta la saciedad de nuestros progresistas. Y, al tiempo que alardeaban de su cursilería, despreciaban el código civil y los formalismos jurídicos y eclesiásticos del matrimonio. Todo cambió de repente. Valiéndose de la misma ira de antaño con la que habían vilipendiado el «matrimonio burgués» y la «familia tradicional» ahora el colectivo gay se lo ha replanteado, cambiando de opinión y ha visto en el matrimonio la salvaguarda de sus «derechos» y el trampolín con el que ganarse cierta respetabilidad. ¿A qué viene este cambio de planteamiento? Situación parecida, pero igualmente absurda, es la de las parejas de hecho que también suspiran por obtener las ventajas del matrimonio, ahora bien, sin asumir ninguna de sus desventajas. Nos encontramos una vez más ante la pregunta del filósofo francés Pascal Bruckner que resume a la perfección la psicología del hombre moderno: ¿infantilismo irresponsable o mártires autoproclamados? Quizás ambas cosas, sólo que ahora se nos presentan ungidos de víctimas sociales los que han elevado una determinada orientación sexual a martirio para la obtención de derechos. ¡La moralidad progresista es un negocio redondo! No privarse de nada (tampoco de

ningún apetito sexual) y encima presentarse como unas sufrientes víctimas a las que se anatemiza y discrimina, algo propio de nuestras sociedades posmodernas en las que muchos no quieren responder de sus actos, es decir, no quieren aceptar las consecuencias de sus actos. O sea, vamos al límite como niños inmaduros y luego nos quejamos si nos pasa algo. Además, los mismos que simultáneamente señalan que la sociedad está madura para aceptar el matrimonio gay (esto es, que cuando menos lo *tolera*, si no es que lo exige, como reza la exposición de motivos de la polémica ley aprobada en las Cortes) son los mismos que no se cansan de repetir que «la sociedad les *discrimina*». ¿En qué quedamos?

LA OFENSIVA GAY

El debate social en torno al matrimonio gay ha vuelto a poner de relieve la debilidad de la derecha española para convencer a la ciudadanía de la veracidad, racionalidad y probidad de sus convicciones. Con la maquinaria propagandística de izquierdas disfrazando hábilmente el matrimonio gay con la buena conciencia de una lucha igualitaria en favor de la libertad y de la democracia, la izquierda no ha dudado en recurrir a eslóganes (como resumen y síntesis de pensamiento), al sentimiento de culpa como *leitmotiv* emocional para el éxito de la causa y a la descalificación y caricaturización virulenta de los adversarios. Los exabruptos, identificando a sus adversarios políticos con la España católica, recalcitrante e inquisitorial, han sido habituales en los ataques de los voceros mediáticos de la izquierda contra un Partido Popular que paradójicamente asentía a las vindicaciones del *lobby* gay, salvo en la cuestión terminológica de llamarle «matrimonio» a unas uniones que ni antropológica, ni jurídica ni históricamente nunca antes se habían llamado así en ninguna cultura, sin que por ello nunca antes a la izquierda insultona se le hubiera pasado por la cabeza autocalificarse como «católica», «inquisitorial» o «reaccionaria» como sí ha calificado al Partido Popular por defender lo que hasta el momento el partido socialista nunca había tenido el más mínimo interés de retocar: el significado del término «matrimonio».

Los argumentos empleados por los partidarios del matrimonio homosexual han sido de una endeblez sólo comparable al bochorno que provoca una irrupción tan palmaria del sentimentalismo más farisaico en la vida pública. Estos argumentos se podrían resumir en uno: «los homosexuales también se quieren y hasta ahora la sociedad no ha hecho sino poner obstáculos a este amor». El debate se ha presentado como una lucha de «unas víctimas discriminadas que luchaban por poder manifestar abiertamente sus sentimientos». Como de costumbre, la izquierda ha envuelto el debate social entre los pliegues de las banderas del sentimentalismo, del victimismo y de la discriminación social. Como ha apuntado recientemente Julio Iglesias de Ussel (2005, 48) en estos mismos *Cuadernos*, «*las batallas de la opinión no se juegan nunca con las opiniones que se difunden o imponen; lo verdaderamente importante hoy es conseguir que se oculten, silencien o queden tapadas las opiniones contrarias. Y si no se puede, impedir, deslegitimar sus fundamentos*». En efecto, la caricaturización de aquellas opiniones contrarias a los matrimonios gays se ha ejercido en base a su identificación con los «sectores más retrógrados» del Vaticano y de la Iglesia Católica, uno de los caballos de batalla del actual Gobierno socialista. Se trataba de silenciar primero las opiniones de la mayoría presentando el tema desde una vertiente reparadora de justicia a un colectivo histórica y socialmente «discriminado». Para descalificar a los que se atrevieran a dudar del mensaje políticamente correcto, se tergiversaba acusando a los adversarios de que en el fondo no aceptaban la homosexualidad, algo absolutamente falso. Presentando la polémica desde una sola óptica y apenas con matices (el hecho de que se denomine o no «matrimonio» no deja de ser un matiz colorista cuando al final se han terminado equiparando la práctica totalidad de los derechos de ambos tipos de matrimonio), la izquierda mediática ha podido campar a sus anchas en su pulso por torcer el sentido común mayoritario. Si el sentido común, según Kant, consiste en «*enfocar imparcialmente los juicios de uno desde el punto de vista de otros*» (carta a Marcus Herz, 7 de junio de 1771), es decir, «*en ampliar así su horizonte de una perspectiva microscópica a una panorámica, adoptando todos los puntos de vista concebibles y verificando las observaciones de cada uno de ellos mediante*

los otros» (carta a Marcus Herz, 21 de febrero de 1772), queda claro que los homófilos han intentado socavar el sentido común presentando las bodas gays desde una sola perspectiva, la sentimental. El sentido de la realidad y la vinculación con los demás (sea imaginada o real) son la base del sentido común, una vinculación absolutamente imposible cuando la ira, la mala fe y la descalificación dominan el debate. Si el sentido común presupone ser imparcial, riguroso, respetar al otro y ponerse en su lugar y comparar los juicios de uno con los juicios de los demás, queda claro que los homófilos, al observar el tema desde el único prisma que a ellos les interesaba, han manipulado el debate trasladándolo a la esfera de la demagogia y de la impresionabilidad, abusando de la caricatura y de la manipulación de los argumentos contrarios, al igual que de la simplificación del debate mediante consignas. Así las cosas, el terreno estaba abonado para intentar que una mayoría social considerara que la no aceptación (totalmente legítima) de los argumentos a favor del matrimonio gay era ilegítima y no democrática. De ahí el intento de linchamiento del Partido Popular como partido hipotéticamente neofranquista y católico *enragé*. Este tipo de polémicas siempre suelen derivar en las típicas interrogaciones nihilistas que desarman a los que nunca han reflexionado acerca del tema en cuestión y que les sume, cuando menos la primera vez, en una gran perplejidad. ¿Qué tiene usted en contra? ¿Acaso no se quieren como los demás? ¿Acaso un matrimonio entre un hombre y una mujer es una garantía *per se* para educar correctamente a sus hijos? ¿Cómo le afecta a usted que dos gays se casen? Este tipo de preguntas-trampa que han formulado los defensores del matrimonio gay pretenden escamotear un debate serio y civilizado, puesto que estos interrogantes apelan directamente al corazón, invocando a la triple falacia discriminación-victimismo-sentimentalismo.

Discriminación. Los homófilos han sido, son y serían tratados de forma discriminada si no «pudieran casarse»

Victimismo. Los gays han sido víctimas de siglos de ostracismo social y ya es hora de que se le reconozcan sus «derechos», como si se tratara de recuperar unos «derechos» que ya tenían o que ya les correspondían.

Sentimentalismo. El afecto amoroso que se tiene una pareja de «gays» es de la misma índole (y en cualquier caso, tan o más respetable) que el de una pareja heterosexual.

Ninguno de estos tres argumentos se sostiene en pie, aunque la triple falacia en bloque cause una primera impresión engañosa. El matrimonio tradicional y una pareja voluntaria de homosexuales son de una naturaleza radicalmente distinta, por lo que no tiene sentido una equiparación de derechos entre dos tipos de unión de naturaleza bien distinta. De ahí que no exista discriminación. Un hombre de orientación homosexual no está discriminado en absoluto, porque sí se puede casar... con una mujer (siempre y cuando su mujer acepte la opción sexual de su marido, pero esto ya es harina de otro costal). Del mismo modo que un hombre no está discriminado por el hecho de no poder casarse con su hermana. Ni tampoco lo está porque haya decidido casarse con varias mujeres. Si así fuera habríamos de conceder que tanto el incesto consentido por ambas partes como la prohibición de la poligamia son dos preceptos morales que debemos abolir en la medida en que la «sociedad avanza», ya que tanto uno como el otro limitan la libertad individual de cada uno de «hacer lo que le venga en gana» y que, por tanto, son «discriminatorios». *¿Por qué no?*, es la pregunta con la que los relativistas nos desarmen. Por otra parte, el amor o el afecto entre personas tampoco ha otorgado *per se* ningún derecho. Ahí están las parejas que no están casadas, por ejemplo. O la amistad entre compañeros. O el afecto de dos o más hermanos o hermanas que deciden vivir juntos de por vida, como no hace tanto se daba en nuestros pueblos. En cuanto al ostracismo social del que se quejan los homosexuales (aspecto que ha sido reconocido por tirios y troyanos), nada tiene que ver con el derecho al matrimonio o la homologación de derechos como tal. El victimismo sólo busca conmovernos y confundirnos apelando a las nobles virtudes de la piedad y de la compasión, rápidamente traducidas en «derechos». Del mismo modo, el hecho de que el matrimonio gay no «perjudique» al resto de la sociedad no tiene nada que ver con que sea legítimo o no. Hay tantas cosas que no perjudican a los demás y que, sin embargo, están prohibidas por preceptos morales y éticos de nuestra civilización. Una civilización,

a la postre, no es más que un código innumerable de pautas de conducta, prohibiciones inclusive. Además, la aprobación de cualquier ley, como la del matrimonio gay y la adopción, sí que tiene consecuencias para el resto de la sociedad que, directa o indirectamente, se ve afectada, aunque sólo fuera por el acompañamiento presupuestario de la ley. Los argumentos a favor del matrimonio gay son, como vemos, endebles y, por no resistir, no resisten la prueba de la falsabilidad popperiana.

En suma, como apunta un ilustre socialista francés no acomodado al parecer a los tiempos modernos, un tal Lionel Jospin: *«Vivimos en una época en que de modo permanente se remarca la crisis de las instituciones y la pérdida de los puntos de referencia que ello comporta. De hecho la creación de las instituciones obedece a la necesidad de cimentar y reforzar las sociedades humanas, el matrimonio es en su origen una institución de unión entre un hombre y una mujer. Esta definición no obedece al azar, no remite en primer lugar a una inclinación sexual, sino a la dualidad de sexos que caracteriza nuestra existencia y que constituye la condición de procreación y en consecuencia de la continuación de la humanidad. Por esta razón y no por ninguna otra, la afiliación de un niño se ha establecido en relación a los dos sexos, el género humano no se divide en heterosexuales y homosexuales, sino entre hombres y mujeres. Esta realidad remite al matrimonio y asimismo a la adopción. Se puede respetar la preferencia amorosa y sexual, sin institucionalizar las costumbres de modo sistemático»*. Hasta qué punto se ha llegado a confundir a la opinión pública que incluso el *lobby* gay ha exigido que en el carné de identidad o en el pasaporte apareciera, además del sexo, la opción sexual de cada cual, como si la orientación sexual (iy no el sexo!) definiera de por sí a la persona. No acaba aquí la cosa. Andalucía ya está sufragando como prestación básica de la Seguridad Social los gastos de la cirugía de cambio de sexo. La obsesión por la homo o heterosexualidad (por la orientación sexual) es propia de estos colectivos, que han hecho del deseo o del apetito sexual la principal dimensión (la más trascendente y determinante, al parecer) definitoria del ser humano. Esta unidimensionalidad es propia de todos los colectivos marginados que, al tiempo que reivindican (el orgullo gay) aquella faceta por la que dicen haber sido discriminados por el resto de la

sociedad, la convierten en su faceta identitaria por excelencia, y por tanto, como aquello que sustancialmente les distingue del resto de los humanos. Esta simbiosis contradictoria (en la medida de negarse a responder socialmente de los propios actos), de autoestima por un lado y afán de distinción por otro, es lo que lleva a los acusados por la historia a la paradoja que tan bien definiera Jean-Jacques Rousseau en su día: querer ser uno mismo al mismo tiempo que gozar del reconocimiento de los demás, «*esa mezcla de patetismo y de ridículo que conforma lo común de nuestras existencias: el desprecio aparente por los demás (autoestima) y la búsqueda ansiosa de aprobación, el rechazo de la norma y la angustia de ser diferente, la aspiración a distinguirse ligada a la felicidad de ser arropado por la multitud, la afirmación de que no se necesita a nadie y la constatación amarga de que nadie nos necesita (...)*», como ha apuntado Pascal Bruckner (1996, 41).

El ánimo del *lobby* gay, sin embargo, no se ha dejado intimidar por los informes de los juristas y de los altos tribunales. Han resistido a todo, incluso con la contradicción *in terminis* de denominar matrimonio a las uniones homosexuales. Sin tratar de negar el derecho de nadie a la posibilidad de crear instituciones jurídicas a partir de realidades sociales nuevas, como apunta el jurista mallorquín Antonio Verd, ha sido «*a partir de esta realidad natural socializada [que] se ha creado la institución jurídico-canónica y también jurídico-civil del matrimonio. Sin perjuicio de las uniones sin formalidades, llamadas consensuales o 'more uxorio'. Por eso cuando se habla de matrimonio gay, o matrimonio homosexual, no sólo chirría el derecho, tanto canónico como civil, sino también la semántica, que es la disciplina que estudia el significado de los signos lingüísticos, de las palabras. Decir, pues, matrimonio homosexual, de dos hombres o de dos mujeres, es unir dos palabras incompatibles. Es oxímoron, como quien dijera virgen preñada, o círculo cuadrado*».

«ODIOLOGÍA»

«¿Seremos tan de derechas como dicen?», se preguntan los cuadros del Partido Popular, a tenor del linchamiento de la izquierda y de sus corifeos mediáticos tras la manifestación del 18-J organizada por

el Foro de la Familia y respaldada por algunos dirigentes del Partido Popular. Sin subestimar la tendencia de la derecha «más centrista» siempre dispuesta a reconocerse y a valorarse según los patrones de sus adversarios, el fragor de la batalla política del día a día no debe ocultarnos distinguir el bosque de la realidad. Al final, el único aspecto que enfrentaba al Partido Popular con el frente de izquierdas era un aspecto semántico: denominar o no «matrimonio» a las uniones entre homosexuales, puesto que la equiparación total de derechos se había asumido por todas las partes (a excepción de la adopción). La realidad, sin embargo, traía sin cuidado a una izquierda decidida a presentar una imagen distorsionada de sus adversarios, el Partido Popular. La izquierda y el *lobby* gay ya tenían el guión prefijado de antemano y no estaban dispuestas a ceder un ápice, ni siquiera en la provocación de denominar a esta singular unión «matrimonio». El objetivo no era llegar a un acuerdo consensuado y unánime entre todas las partes, como ocurriría en una democracia madura, respetuosa y tolerante con la opinión del adversario. Habida cuenta de que lo único que separaba a unos y otros era una cuestión puramente semántica, el verdadero objetivo político era otro: recrear y reinventar una Nueva Inquisición (y aquí es obligada la pregunta maliciosa: ¿por qué no un nuevo Stalin a tenor del trato espantoso que recibieron los homosexuales a manos del tirano comunista?) a la que poder descalificar a placer tildándola de «carca», «cavernícola», «reaccionaria», «la España católica y vetusta de siempre» y demás epítetos humillantes que nos retrotraen al lenguaje anticlerical y laicista utilizado por la izquierda jacobina y revolucionaria de tiempos de la II República Española contra la derecha de la CEDA y la Iglesia Católica.

De ello se trataba, precisamente. De aislar y marginar al Partido Popular identificándolo con el viejo franquismo, es decir, de inventarse un enemigo imaginario (de ahí la caricaturización, el silenciamiento y la tergiversación constante de las opiniones de los políticos del Partido Popular) confeccionado a medida para poderlo descalificar. De este modo no se entra nunca en el fondo de la cuestión, puesto que lo que se hace es atacar una imagen que uno se ha creado (y creído) adrede para no poner en duda ninguna de sus

convicciones, inalterables al no tomar en consideración ninguno de los argumentos contrarios. Se pretende forjar una imagen de un Partido Popular como un monstruo maligno, perverso y pérfido, para de antemano descalificar sistemáticamente cualquier opinión contraria, ocultando así la práctica coincidencia de las dos posturas enfrentadas. A la izquierda española le ha traído sin cuidado los esfuerzos de aproximación del Partido Popular con sus posteriores cesiones (con el enfado lógico de sus votantes más conservadores) con el único objetivo de llegar a un texto consensuado entre todos. Ni la izquierda ni los nacionalistas reconocen este esfuerzo. Todo lo contrario: se trata de «magnificar las pequeñas diferencias», que decía Freud, y presentar a la opinión pública una imagen absolutamente distorsionada del Partido Popular, como partido que no respeta la opción gay o lesbiana y que es contrario a las uniones civiles de este tipo, lo que es falso. Demonizar al Partido Popular es el objetivo (es totalmente inútil hacerse perdonar) del frente anti-PP compuesto por socialistas, nacionalistas y neocomunistas, estrategia que puso en marcha el PSOE tras perder las generales del 2000, un bloque que, desde hace mucho tiempo, se define en base al odio y a la negación democrática del enemigo, el Partido Popular. Como lleva apuntando el filósofo francés André Glucksmann desde hace años, el *discurso del odio* no necesita de ningún motivo exterior para alimentarse: se retroalimenta él solo. Glucksmann (2005) recuerda a los ingenuos de pensamiento débil que el terrorismo y la violencia, etapa subsiguiente al nihilismo («el mal no existe», «todo el mundo es bueno»), no tiene causas, sino excusas y coartadas. «*El odio no le debe nada a nadie. Su lógica es autónoma. Su expansión es autopropulsada*», nos revela Glucksmann (2005, 50) con su inconfundible estilo. Es inútil buscar en los actos de los judíos alguna razón del antisemitismo. Como lo es buscar en los actos de los estadounidenses alguna razón del antiamericanismo. Como lo es buscar en las acciones de los políticos del Partido Popular alguna razón de un odio tan desproporcionado. En balde. La clave del antisemitismo reside en el antisemita del mismo modo que la clave del antiamericanismo reside en el antiamericano. ¿Pero algo habrán hecho judíos, estadounidenses o los políticos del Partido Popular para recibir tantos estallidos de odio?, se preguntarán los ingenuos, cayendo así en el falaz

discurso de que algo habrá hecho la víctima para recibir semejante *castigo*. Falacia letal. Aun reconociendo nuestras humanas imperfecciones, nunca ha sido así. La víctima del odio, sean americanos, judíos o el Partido Popular, nada tiene que ver con ellos, sólo que deben resignarse a padecer los embates del odio. La furia contra ellos no es ni gracias a ellos ni debido a ellos ni por ellos. Hagan lo que hagan, actúen como actúen, digan lo que digan, el discurso del odio siempre encontrará las coartadas (cuando no existan simplemente se las inventará, como «este mar de injusticia universal» que descubrió un día Rodríguez Zapatero) para que la cólera termine explotando, «*juzgando sin posible apelación y no dejándose juzgar por nadie*» (Glucksmann, 2005, 51). ¿Qué he hecho mal?, se preguntan aquellos que creen que el objeto odiado es la causa del odio. Poco o nada, pero esto no importa: en realidad el odio es anterior y es predeterminado. «*Hay que sacar la consecuencia: como el judío [como el americano, la mujer o el político del Partido Popular] ¹ no es la causa del odio que le rodea, no necesita reformarse (caso del judío avergonzado), ni necesita sacar prestigio de él (caso del judío glorioso)*», desvela Glucksmann (2005, 98). Ni la regeneración ni la aproximación a quienes se refocilan en el odio le va a servir de nada a la víctima del odio. Según Glucksmann (2005, 139), «*el secreto del odio hay que buscarlo en aquellos a los que anima e inflama*». El odio es impermeable a la razón y a la experiencia; de nada vale hacerse perdonar. La única solución es mostrarse firme en las convicciones propias y plantarles cara, pese a que luego se acuse a la víctima de su odio como crispador (la *inversión victimista* que tan bien trabajan los medios del Partido Socialista) cuando en realidad sólo quiere defenderse.

AFÁN DE DISTINCIÓN Y NOVEDAD

En el fondo del paisaje *alternativo* que ofrecen los defensores de las bodas gays subyace la pulsión de sentirse diferentes (y superiores) a las masas. Se trata de distinguirse de la sociedad de masas (normal,

¹ Nota del autor.

conformista y respetuosa con las convenciones, que en España podría identificarse aproximadamente con el Partido Popular). Lo alternativo nos distingue así a «nosotros» (los enterados, diríamos) de «ellos». La existencia de «ellos», en base a los que nos definimos, «nos» hace superiores a «ellos», de los que nos mofamos. La contracultura es una versión moderna, una más, de aquellas ínfulas de los filisteos cultivados del siglo XIX que tan bien esbozó Hannah Arendt, sólo que ahora ni siquiera son cultivados, sino ideologizados. Este afán de distinción (ahora eminentemente ideológica) se expresa ahora comprando alimentos orgánicos (mucho más caros que los «no orgánicos», por cierto; siempre habrá personas dispuestas a comprarlos del mismo modo que los restaurantes caros siempre están llenos de gente), mostrándose especialmente «sensible» con los matrimonios gays o tomando conciencia de los peligros que anuncian los ecologistas partidarios de Kyoto, modas que en el fondo persiguen distinguir a los conscientes *in* de los no conscientes *out* que no han llegado a tal grado de conciencia. Lo mismo ocurre con las modas filosóficas. «*Durante los últimos cuarenta años, la filosofía antimaterialista ha sido uno de los mejores negocios del capitalismo consumista estadounidense*», nos recuerdan Heath y Potter (2005, 182).

La hoja de ruta de Rodríguez Zapatero, volcado en su *revolución cultural* a la española (control político de la Justicia, deterioro del sistema educativo convertido en instrumento de adoctrinamiento, revisionismo y exhumación de los muertos de la Guerra Civil, anticlericalismo, bodas gays, normalización del discurso del separatismo hasta el punto que Zapatero ha sido presentado como «el primer presidente de Gobierno que no actúa como nacionalista español», etc..) persigue trazar la línea divisoria entre los modernos y los antiguos, entre los progresistas y los retrógrados, en lo que a la postre no es más que un maniqueísmo más entre el bien y el mal. En efecto, entre el bien y el mal, puesto que nadie a día de hoy quiere no ser moderno. Como señala Alain Finkielkraut (2001, 118), «(...) *el conservadurismo no es ya una opinión o una disposición, es una patología. Antes el orden se oponía al movimiento; ahora no hay más que partidos de movimiento. Cuando entramos en el tercer milenio la gente no sólo quiere ser moderna, sino reservarse con exclusividad esta suprema apelación. La palabra clave del lenguaje político actual es 'reforma', y 'conser-*

vador' el término malsonante que izquierda y derecha se lanzan mutuamente a la cara. Concepto polémico, el conservadurismo ha dejado de utilizarse en primera persona: conservador es el otro, el que tiene miedo, miedo por sus privilegios o por sus ventajas adquiridas, miedo de la libertad, de los grandes espacios, de lo desconocido, de la mundialización, de la emigración, de la flexibilidad, de los necesarios cambios». En efecto, el epíteto de «viejo» viaja de izquierda a derecha indistintamente pero sin descanso, sea cual sea la materia de que se trate: es uno de los argumentos más poderosos de la dialéctica posmoderna. Lo nuevo como algo bueno *per se*, por el simple hecho de ser nuevo. Nunca se pierde ocasión de estigmatizar al adversario de «antigualla» o de «viejo», no adaptado a los tiempos que corren. En política no hay, a día de hoy, cosa peor que ser conservador. La derecha liberal califica de «trasnochada» a una izquierda en materia económica: miedo a la libertad empresarial, a la globalización, a la deslocalización, a los recortes de funcionarios en la Administración. A su vez, la izquierda tilda de «carca» a la derecha en materias sociales: inmigración, derechos de las minorías nacionalistas, bodas gays, revisionismo de la Guerra Civil. Cada cual intenta llevar el agua a su molino, pero siempre se trata de ostentar ante la opinión pública la dicotomía moderno/antiguo a su favor. El antiguo e inadaptable a los tiempos que corren siempre es el otro, en la mayoría de los casos, la derecha, por definición. De ahí que a la derecha, que sale perdedora la mayor parte de las veces de estos envites en pos de las bondades de la novedad, no le convenga en modo alguno entrar en este tipo de polémicas simplistas y sin sentido. Mejor le convendría recurrir al sentido común para no caer en el absurdo de identificar lo nuevo con lo mejor. Simplismo sin sentido del que, en cambio, se aprovecha una izquierda ideológicamente despistada pero mucho mejor adaptada a los signos de los tiempos por su condición contracultural. Además, la izquierda, por definición, siempre se ha definido como rupturista con el *statu quo*, tal como señalaba hace poco: «(...) *dividir el mundo en izquierdas (solidarios, honestos, progresistas y auténticos demócratas) y derechas (egoístas, corruptos, reaccionarios y circunstanciales demócratas por conveniencia)*. Buenos y malos, como en los peores 'spaghetti westerns'. En efecto, con el tiempo he llegado a descubrir que es la izquierda la única que se siente cómoda con esta bipolarización estereotipada del mundo entre

derechas/izquierdas» (Font, 2005, 18-19). Como explicaba en estos mismos *Cuadernos* Héctor Ghiretti, el binomio derechas/izquierdas es una invención de la izquierda cuya intencionalidad en motejar a uno de derechas es evidente: la descalificación. Ghiretti nos recordaba aquel célebre aforismo de Alain: «*Cuando hablo con una persona que afirma el valor de la distinción entre izquierda y derecha, y se muestra convencida de ello, tengo la impresión de que esa persona es de izquierda*», para demostrar que la derecha era una categoría política por defecto, por exclusión, derivada y accidental, todo lo contrario que la izquierda. La derecha es, a los ojos de Ghiretti, una creación intelectual de la propia izquierda para amalgamarse contra ella y dirigir así su odio ideológico contra ella. «*La derecha es el enemigo, es todo lo que se aborrece*» (Ghiretti, 2004, 169). Ser de derechas tiene carácter negativo y peyorativo. No en vano ser de derechas constituye «*el insulto más ignominioso en el ámbito de las discusiones internas de izquierda*» (Ghiretti, 2004, 170).

En efecto, desde que los Estados Generales, preludio de la Revolución Francesa, instituyeron en 1789 el binomio izquierda/derecha, siempre la izquierda se ha definido contra la realidad, contra el orden de cosas existente. La izquierda ha centrado sus esfuerzos a la contra, contra el orden económico, social y político vigente, al que genéricamente denomina como *derecha*, indistintamente de la fase evolutiva en la que se encuentre: Lenin, Münzenberg, Gramsci, Marcuse, Chomsky o la *New Age*. Metafísica, antropológica e históricamente, izquierda significa negación, rechazo, abolición de la realidad misma. De ahí su afán *rupturista* con las instituciones de las sociedades democráticas y libres y su desprecio por los procesos *reformistas*. De ahí que, caído el socialismo real, se haya visto obligada en última instancia a tomar del mundo de la contracultura las nuevas claves con las que cambiar el mundo, este fuego inextinguible con el que un temerario Prometeo-Marx transmitió la vida a una izquierda que no ha dejado de abrir cajas de Pandora en todos los lugares donde se ha hecho con el poder, temeridad que se ha pagado con la ingratitud de los buitres del Mito Prometeico que han decidido, por conveniencia una vez más, devorar las propias entrañas prometeico-marxianas que hace siglo y medio les dieron forma.

BIBLIOGRAFÍA

- Berlin, Isaiah (2004): *Sobre la libertad*, Alianza, Madrid.
- Bruckner, Pascal (1996): *La tentación de la inocencia*, Anagrama, Barcelona.
- Finkelkraut, Alain (2001): *La ingratitud*, Anagrama, Barcelona.
- Font Rosselló, Joan (2005): *Artesanos de la culpa. Los intelectuales y las buenas intenciones*, Coc 33 Serveis editorials, Palma de Mallorca.
- Guiretti, H. (2004): *Los muertos que vos matáis, sobre la vigencia de la izquierda como identidad política*. Cuadernos de Pensamientos Políticos, nº 2.
- Glucksman, André (2005): *El discurso del odio*, Taurus, Madrid.
- Heath, Joseph y Potter, Andrew (2005): *Rebelarse vende. El negocio de la contracultura*, Taurus, Madrid.
- Iglesias de Ussel, Julio (2005): *La familia en España*, Cuadernos de Pensamiento Político, nº 7, FAES, Madrid.
- Kurlansky, Mark (2005): *1968. El año que conmocionó al mundo*, Destino, Barcelona.